

Reseña

Judith Podlubne y Julieta Yelin (idea y compilación). 2021. 20 ensayos sobre literatura y vida en el siglo XXI. Rosario, Editorial Municipal de Rosario, 2021.

Patricio Fontana¹

A lo largo de lo que, de manera presuntuosa, podría llamar mi vida profesional, y como seguramente les ocurrió a varios de los que están hoy acá, participé de libros que recopilan textos de diversos autores, a los que se suele llamar, entiendo, *libros colectivos*. En estos años también, más de una vez, estuve del otro lado: me tocó presentar algún libro de ese tipo, como me ocurre hoy. Esa tarea no es sencilla, requiere tacto. De hecho, dentro de ese género –la presentación de libros– las piezas consagradas a volúmenes colectivos conforman un subgénero con sus problemas específicos. Entre ellos, el principal que debe enfrentar el eventual presentador es el del nombre propio, algo que no es un problema –o es solo uno menor– cuando se presentan libros de un único autor. En cambio, el del nombre propio –o, con más precisión, el de los nombres propios– es un problema ineludible a la hora de presentar libros como este. Y esto porque se debe tener el cuidado de no

¹ **Patricio Fontana** es Doctor en Letras por la Universidad de Buenos Aires con una tesis sobre los usos de la biografía en Sarmiento, Alberdi y Juan María Gutiérrez. Docente de Literatura Argentina del siglo XIX en la Universidad de Buenos Aires e investigador del CONICET. Estudió además cine en el ENERC y da clases de historia del cine en la FUC. Ha publicado artículos en revistas académicas y volúmenes colectivos sobre cine y literatura argentinos. Con Claudia Roman realizó la traducción, el estudio preliminar y las notas de *Apuntes tomados durante algunos viajes rápidos por las Pampas y entre los Andes*, de Francis Bond Head (Santiago Arcos, 2007). Es autor de *El cine no fue siempre así* (en colaboración; Iamiqué, 2006) y de *Arlt va al cine* (Libraria, 2009). La reseña que aquí se presenta surge de un texto leído en la presentación del libro, ocurrida el 15 de diciembre del 2021, en Rosario.

herir la susceptibilidad de cada uno de los que fungieron como autores, compiladores o prologuistas y, así, evitarles la afrenta de no escuchar en público su nombre propio. Mi posición al respecto –mi cortés posición al respecto– es que todos merecen ser mencionados al menos una vez. O –y esto precisa de una tarea previa de inteligencia– por lo menos merecen ser mencionados aquellos que el presentador sabe que es probable que concurran a la presentación. Me pasó, y las ocasiones fueron más de una, asistir a la presentación de un libro colectivo del que había participado y que mi nombre no fuera pronunciado ni una sola vez (y, escándalo aún mayor, que sí se pronunciaran los de otros que no se habían tomado el trabajo de asistir). No es fácil recuperarse de esa herida narcisista. De hecho, cierta vez, uno de esos presentadores desatentos, que acaso había advertido la consternación en mi rostro mientras compartíamos el mezquino ágape posterior, me escribió un culposo mensaje de WhatsApp a las pocas horas para decirme que mi aporte le había gustado mucho pero que en su presentación –en el recorrido por el libro por el que había optado– no había sabido cómo mencionarlo (y mencionarme). De más está decir que mientras lo escuchaba yo había sabido muy bien en qué momento, o en qué momentos, debió haberse demorado prolijamente en mi insoslayable colaboración.

En defensa de esos presentadores, y de su ingratitud quizá solo aparente, debe decirse que no pocas veces es arduo mencionar a todos y esto no solo por su cantidad –al fin de cuentas no es tan complicado ser cortés y mencionar al menos una vez a cada uno de ellos–, sino porque el principio de organización que liga todos los trabajos no resulta evidente y esto –esa debilidad estructural– se nota incluso en el texto que los presenta, que alude y elude la labor de establecer qué habilita esa convivencia. De este modo, muchas veces, el presentador se ve en la necesidad de ser él quien haga la tarea que debieron hacer otros antes y descubrir o inventar un posible denominador común entre textos muy diversos, uno que con suerte le servirá para salir del paso y conectar débilmente solo algunos. O, peor aún, percibirá

que ese elemento aglutinador es meramente tipográfico o económico: apurar el gasto de los fondos de un subsidio que había que rendir.

Volveré más adelante a la cuestión de los nombres propios, sobre todo porque es además una que concierne a este libro no solo por las razones que expliqué hasta aquí. Por lo demás, en cuanto a la debilidad o la ausencia de un elemento aglutinador, debo decir ya mismo que 2021. *20 ensayos sobre literatura y vida en el siglo XXI* no adolece de ese inconveniente, sino todo lo contrario. Susan Stewart afirma en *El ansia* algo que me parece adecuado para considerar este tipo de libros: “una colección no se construye por sus elementos; es más bien el principio de organización el que le da existencia” (227). ¿Cuál es el principio de organización de esta colección –estos libros de algún modo lo son– que presentamos hoy? A mi entender, hay por lo menos dos. Uno, el más evidente, lo anuncia y promete el título: literatura y vida. Y esa promesa se cumple. En efecto, es ese principio de organización – literatura y vida– el que predispone al lector a acercarse a cada uno de estos trabajos: y quien lo haga advertirá que ninguno de los veinte deja de pronunciarse de algún modo sobre esa relación. Al respecto, debe decirse también que no se trata de veinte colaboraciones sobre ese tema que las compiladoras –y aquí diré ya dos nombres: Judith Podlubne y Julieta Yelin– encargaron especialmente para este libro, sino de una selección de textos que, en la mayor parte de los casos, habían sido publicados antes en libros colectivos o en *dossiers* de revistas académicas. Así, las compiladoras retiran 20 ensayos de la primera sintaxis de la que habían formado parte –en otros libros o en revistas– y los disponen según una nueva: los ordenan y cohesionan de modo diverso al de su primera publicación. Y es gracias a esa nueva sintaxis u ordenamiento que estos veinte ensayos –o buena parte– pueden establecer otros diálogos y nuevas conexiones. Me pasó con varios trabajos que conocía de antes: en este libro son otros. La colección –reitero la lúcida afirmación de Susan Stewart– no existe por sus elementos sino por el principio de organización.

A lo anterior hay que agregar que además de ese principio de organización de índole temática hay otro, más importante, que, antes que temático –aunque no deja de serlo, porque también se trata de una modulación del vínculo entre literatura y vida–, habría que llamar *narrativo* y aun *biográfico*, por lo menos en el sentido en el que se usa esa palabra entre quienes se dedican a la historia de las ideas y practican la llamada *biografía intelectual*.

En efecto, 2021. *20 ensayos sobre literatura y vida en el siglo XXI* trama un relato –una *fábula*, para usar una palabra con la que empieza la “Introducción”– que por ahora llega a este año que en pocos días termina, el 2021 del título, pero que no es solo una historia del siglo XXI, sino una que empieza en el siglo XX, en la década de 1980, en 1982 o quizá antes. Es decir, este libro reconstruye o más bien postula una historia intelectual, pero no solo intelectual –nunca, por más que se insista, como lo señala Benoît Peeters en *Tres años con Derrida*, es posible hacer solo biografía o historia intelectual–, que se despliega durante cuatro décadas. Este libro, así, puede ser leído como una novela coral –una que además, en buena medida, es una novela *de formación*: un *bildungsroman* coral– en la que algunos de sus personajes son quienes firman cada ensayo y el prólogo, pero que incluye a muchos otros. Hay, también, en esta singularísima novela coral con más de treinta personajes, varias instituciones que movilizan la trama: universidades, facultades, institutos, organismos de gobierno, revistas, editoriales, congresos. Se trata, también, de la narración de una progresiva institucionalización de inquietudes intelectuales que surgieron hace cuatro décadas, institucionalización que de ningún modo es aquí –y quiero que esto quede claro– sinónimo de burocratización sino, en todo caso, de creciente dedicación y compromiso. Hay también un espacio –una ciudad– en la que ocurre casi toda esta novela –Rosario, por supuesto–, pero hay además otras ciudades por las que se expanden esas inquietudes: Buenos Aires o Santiago de Chile. Y esto implica que este libro despliega además una cartografía.

Borges propone en “De las alegorías a las novelas” que estas últimas, pese a su matriz nominalista, son también, ineludiblemente, realistas (en el sentido medieval de la palabra): *fábula de abstracciones*. Un ejemplo que ofrece Borges es el de Don Segundo Sombra, que en la novela de Güiraldes es a la vez un gaucho individual y una abstracción: el Gaucho. En 2021. 20 ensayos sobre literatura y vida en el siglo XXI hay también un componente alegórico. En sus páginas se reconocen a varios personajes alegóricos, entre otros el Filósofo o el Escritor y uno que es plural y renueva su plantel a medida que pasan los años: los Jóvenes investigadores, o Jóvenes críticos, cuyos aportes son los que priorizaron las responsables de la idea y la compilación. Hay, en este sentido, además, una escena muy potente que también es una alegoría. Se trata de una que se narra en la “Introducción” y que resulta un *plot point* de este relato. Me refiero al encuentro, a comienzos de la década de 1990, entre cuatro personajes alegóricos: el Escritor y tres Jóvenes investigadoras en un bar de la ciudad de Buenos Aires. A la manera de un cuadro de Botticelli o de Vermeer, estamos ante la alegoría de la comunión de la Literatura con la Crítica. Por lo demás... ¿En qué bar? ¿Qué pidió el Escritor? ¿Y las Jóvenes investigadoras? ¿Quién pagó la cuenta? ¿Ya había en marcha algún subsidio que permitía esos gastos? ¿Conservará el Escritor el ejemplar de la revista que ese día le obsequiaron las Jóvenes investigadoras?

A propósito de los dos términos que yuxtapone este libro –*literatura y vida*– habría que preguntarse a qué *literatura* refiere: qué inflexiones de la literatura escoge para indagar esa relación. Voy a hacer una recapitulación sumaria de esas inflexiones que me permitirá además decir los nombres de todos los colaboradores, algo que, como ya saben, no quiero dejar de hacer: *no se debe dejar de hacer*. La primera parte está consagrada a diarios de escritores. Allí están los aportes de César Aira, Martín Kohan, Nieves Battistoni, Leonardo Berneri, Alan Pauls y Alberto Giordano. La segunda se ocupa de biógrafos escrupulosos, haraganes o indecisos: descreídos de la biografía que de todos modos practican algún tipo de escritura biográfica o,

al menos, consideran la posibilidad de incurrir en ella. A esa sección pertenecen los trabajos de Matías Serra Bradford, Silvio Mattoni, Aldo Mazzucchelli, Julia Musitano, Martín Prieto y Osvaldo Baigorria. La tercera, prioritariamente, a epistolarios, y a ella la conforman los aportes de Ana Inés Larre Borges, Javier Gasparri, Natalia Biancotto, Irina Garbatsky y Juan Ritvo. La última, finalmente –*una coda más que una sección*– está compuesta por cuatro textos difíciles de clasificar, amalgamas concisas del ensayo y la autobiografía: *escenas*–así las llaman las prologuistas– firmadas por Tununa Mercado, Sergio Chejfec y Sylvia Molloy.

Entonces: diarios –algunos inéditos–, textos biográficos anómalos o difusos planes de escribirlos, cartas, memorias, diversas amalgamas del ensayo y lo autobiográfico, *escenas*. Todos los artículos delinean en consecuencia un corpus formado por textos que no pertenecen a las formas más establecidas, o estables, de la literatura: la novela, la *nouvelle*, el cuento. Hay, sí, referencias a algunos cuentos –de Silvina Ocampo o de Elvio Gandolfo– y a algunas novelas –de Juan José Saer o de Néstor Sánchez– pero ninguna ocurrencia de esos géneros es motivo primero de algún artículo. Salvo en el caso de Roland Barthes, pero precisamente porque se trata de considerar una vida y una escritura signada por la imposible concreción del deseo de novela: por su perpetua preparación. ¿Debemos concluir, por tanto, en que la relación entre literatura y vida se aviene mejor con esos textos vulnerables, menores, inacabados, informes, que son y no son literatura? ¿O se trata, antes bien, de que la idea de vida que predomina en este libro es una que está en mejor sintonía con ese tipo de textos? En otras palabras: ¿qué tipo de literatura desea –o quizá el verbo es *necesita* o quizá son los dos verbos: *desea* y *necesita*– una perspectiva crítica que reclama –y acá cito la “Introducción”– que “la vida no remite a la historia individual sino a la fuerza impersonal con la que la escritura la transmuta”?

Y quiero agregar algo más sobre el tipo de literatura biográfica deseada o deseable. En cuanto a la escritura de vidas, la literatura argentina –su

historia- registra al menos dos perspectivas. Una es la que inaugura Sarmiento en 1845 con el *Facundo*, que es también el libro que inaugura esa literatura: confianza en el género, voluntad o prepotencia biográfica que no reconoce obstáculos o se burla de ellos. La segunda es la representada por Borges, que además fue un gran lector de Sarmiento: el biógrafo escrupuloso que, pese a que pone en crisis los fundamentos del género, como lo advierte Beatriz Sarlo cuando analiza *Evaristo Carriego*, no deja de incurrir en él. Borges y Sarmiento son, sin dudas, y acá plagio y amplió una definición de César Aira, los *maestros biógrafos* de la literatura argentina. Uno es el maestro confiado y el otro es el maestro que sospecha. Es exactamente igual con respecto a la autobiografía. En este libro, de manera prioritaria -y creo que no podría haber sido de otra manera- es la perspectiva acomplejada, no inocente, que representa arquetípicamente Borges -a quien se menciona muchísimas veces- la que determina no solo la reflexión sobre el vínculo entre literatura y vida sino también el tramado de esa *fábula* que de todos modos se cuenta. No, por supuesto, *preferiría no hacerlo* -no se trata de cortejar la nada o el silencio-, sino que *lo haré pero con estos reparos*. Al respecto, este libro, con lo que tiene de recuperación de un proceso de reflexión de varias décadas, y entonces, también, de balance y de apertura a otras posibilidades, me llevó a considerar una vez más algo que me obsesiona -el verbo es excesivo, mis obsesiones son menos confesables y más frívolas- desde hace meses: si no es hora de empezar a considerar que el acercamiento cauteloso a la biografía -el énfasis pero también el regodeo en la dificultad, en el proceso, en el inacabamiento, en no querer pecar de ingenuo- no se encuentra hipertrofiado y es ahora un lugar común, *the new black*, y que acaso -porque esa preferencia crítica condiciona la escritura- se deba volver, de algún modo, no sé bien cómo, a la prepotencia sarmientina, a su ingenuidad aparente y, en consecuencia, propiciar escrituras biográficas que no se sientan conminadas a pedir perdón o a simular culpa, incapacidad o malestar: a escribir -a resignarse a escribir- solo libritos y a veces ni siquiera

eso. En estos días, al tiempo que escribía esta presentación, estuve hojeando –no sé si podré hacer mucho más que eso– las más de mil páginas de la biografía de Stephen Crane escrita por Paul Auster. Al hacerlo, me preguntaba con qué herramientas críticas, y con qué deseos críticos, contamos –cuento– para enfrentar un libro así.

Dicho esto sobre la *literatura*, quiero ahora demorarme un poco más en el otro término del título: *vida*. Hace varios años me tocó consultar una enciclopedia francesa del siglo XIX. En esos años me sentía bastante solo investigando la literatura biográfica argentina del siglo XIX. En esos años –me disculparán una breve digresión autobiográfica– no sabía que a 300 km de mi casa, en Buenos Aires, había gente pensando en cosas más o menos similares con la que por suerte poco después –puedo dar una fecha precisa del comienzo de ese vínculo, armar mi propia fábula: septiembre de 2015– iba a hallar una posibilidad de diálogo y hasta de pertenencia. Fin de la digresión. En esa enciclopedia francesa del siglo XIX, en la entrada *biografía*, se dice que la palabra *vida* es, junto con otras dos –nada menos que *ser* y *dios*– una de las más abarcativas que registra el francés, que en esto no difiere del español o el inglés. Al respecto, una vez más: ¿qué es la vida en este libro? O, para no empantanarme en movedizas arenas filosóficas de las que no sabría cómo escapar, ¿cómo se manifiesta –que abarca– la vida en las páginas de este libro? Una posible respuesta implica advertir que en sus páginas la vida se revela de múltiples maneras (con varios nombres). En efecto, por este libro desfilan el amor (por ejemplo, el sincrónico entre Onetti y Vilariño o el asincrónico entre Baigorria y Néstor Sánchez), la amistad (entre Borges y Mastronardi), la sexualidad (Victor Hugo y sus enigmáticas p.), la voz (la de Olga Orozco, que suena como la de un hombre), la experiencia del viaje (Aira en los Alpes franceses), la enfermedad (HIV, cáncer), la agonía (la de Gonzalo Millán), el problema del atuendo (la pollera de Nancy Reagan), la muerte y el duelo (el de Barthes por su madre) y los impulsos autodestructivos y aun el suicidio (Pavese o Pizarnik).

Por lo demás, esas entonaciones de la vida no se manifiestan únicamente en los veinte ensayos, sino que también se anudan, de manera menos obvia, más íntima, con la fábula novelesca que es también este libro: de ella participan, y el inventario no es exhaustivo, el trabajo, la amistad, el amor y el viaje. Por ejemplo, los viajes cada vez más frecuentes de César Aira a Rosario desde 1991. Y cuando dije *más íntima* lo dije a propósito, adiestrado por las varias veces que en este libro se la define como algo que no es lo público pero que tampoco es lo privado, algo que al mismo tiempo está en el lenguaje pero el lenguaje no puede decir, o dice sin darse cuenta.

Pierre Bourdieu señala que uno de los elementos que participan en la constitución de la *ilusión biográfica* es el nombre propio, que garantiza *una identidad social constante y duradera* en todos los campos en los que interviene un individuo: *cohesiona todas sus historias de vida posibles*. Por su parte, Gilles Deleuze, que ocupa un lugar protagónico en la fábula que urde este libro, escribió con Félix Guattari una suerte de proclama muy conocida: “El nombre propio no designa a un individuo: al contrario, un individuo sólo adquiere su verdadero nombre propio cuando se abre a las multiplicidades que lo atraviesan totalmente, tras el más severo ejercicio de despersonalización”. Este libro, recupera una historia intelectual en la que, por supuesto, los nombres propios –lo que Bourdieu entiende por nombre propio y que en efecto le da cohesión, o ilusión de cohesión, a este libro y a esa fábula– son importantes. *2021.20 ensayos sobre literatura y vida en el siglo XXI* es también, desde la tapa, una cuidadosa lista de nombres propios: un *dramatis personae*. Pero quizá, más allá o más acá de esos nombres propios –de quienes firman cada trabajo y el prólogo–, este libro deba leerse como enunciado por un nosotros siempre en expansión desde 1982, un nosotros que responde también a un ejercicio de despersonalización que ejecuta el mismo libro –la selección– y, por tanto, pronuncia ese *verdadero nombre propio*, ese otro nombre propio, por el que claman Deleuze y Guattari.

Así como este libro mira al pasado y lo reconstruye es también, en varios sentidos, una apuesta enérgica al futuro. Esa apuesta se verifica, entre otros sitios, en algo en lo que ya hice hincapié: preferir los aportes de los investigadores más jóvenes. También, en el hecho no menor de que se presenta solo en formato digital: *2021. 20 ensayos sobre literatura y vida en el siglo XXI* es un libro, sí, pero uno que no se puede tocar, o que se toca gracias a la existencia de otros objetos –laptop, celular o tablet–, escurridizo, que no sabemos bien cuántas páginas tiene o cuál es su forma (o sin forma única). Un objeto digital, entonces, que no es aquello que la literatura, en su sentido más material, es prioritariamente desde hace varios siglos y poco a poco va dejando de ser: algo palpable hecho de papel y tinta. En las presentaciones de libros ese objeto es, además del autor, o los autores, la estrella. El libro adorna la mesa en la que se disponen los presentadores y se ofrece compulsivamente a la venta –una motivación económica inconfesable por la que se realizan las presentaciones– en lugares elegidos estratégicamente. Y, entonces, ¿dónde está ahora el libro que estamos presentando? Uno que además no se vende, que es gratis. Y considero que es adecuadísimo que *2021.20 ensayos sobre literatura y vida en el siglo XXI* esté y no este presente hoy, ahora, acá, entre nosotros: que sea y no sea, que exista de un modo tenue. Se trata de un modo inmaterial de ser libro, o de no ser libro, o de ser y no ser libro a la vez, que a veces nos enoja –a mí me enoja– pero que, al mismo tiempo, se ajusta muy bien a aquello de que escribir “es un asunto de devenir, siempre inacabado, siempre en curso, y que –hago énfasis en esto y además con esto termino– desborda cualquier materia vivible o vivida”.